

El año 2026 será un punto de inflexión. La mayor fuente de inestabilidad mundial no serán China, Rusia, Irán ni los aproximadamente 60 conflictos que azotan al planeta, la cifra más alta desde la Segunda Guerra Mundial. Será Estados Unidos. Esa es la línea argumental del informe Top Risks 2026 de Eurasia Group: el país más poderoso del mundo, el mismo que construyó y lideró el orden mundial de la posguerra, ahora lo está desmantelando activamente, liderado por un presidente más comprometido y más capaz de remodelar el papel de Estados Unidos en el mundo que cualquier otro en la historia moderna.

El fin de semana pasado nos ofreció un anticipo. Tras meses de presión creciente –sanciones, un despliegue naval masivo, un bloqueo petrolero total–, las fuerzas especiales estadounidenses capturaron al hombre fuerte de Venezuela, Nicolás Maduro, en Caracas, y lo trasladaron en avión a Nueva York para que se enfrentara a cargos penales. Derrocado y llevado ante la justicia un dictador sin que se produjeran bajas estadounidenses, fue la victoria militar más limpia del Presidente Donald Trump en la escena mundial.

Trump ya ha bautizado su enfoque hacia el hemisferio occidental como la “Doctrina Donroe”. Es su versión de la afirmación del Presidente James Monroe en el siglo XIX sobre la primacía estadounidense en América, salvo que, mientras Monroe advirtió a las potencias europeas que se mantuvieran al margen de la vecindad de Estados Unidos, Trump está utilizando la presión militar, la coacción económica y el ajuste de cuentas personal para doblegar a la región a su voluntad. Y esto no ha hecho más que empezar.

No se trata del aislacionismo de “America First”. Estados Unidos está cada vez más involucrado con Israel y los Estados del Golfo, y no menos. La disposición de Trump a atacar Irán el año pasado y a interferir en la política europea no es precisamente una muestra de retraimiento. El marco de las “esferas de influencia” tampoco encaja. Trump no está dividiendo el mundo con potencias rivales, cada una en su propio terreno. Washington acaba de enviar a Taiwán su mayor paquete de armas hasta la fecha, y la postura de la Administración en el Indo-Pacífico no evidencia ningún deseo de ceder Asia a China.

La política exterior de Trump no se basa en los ejes tradicionales: aliados contra adversarios, democracias contra autorocracias, competencia estratégica contra cooperación. Se basa en un cálculo más simple: ¿Puedes contraatacar con suficiente fuerza como para hacerle daño? Si la respuesta es no y tienes algo que él quiere, eres un objetivo. Si la respuesta es sí, llegará a un acuerdo.



Las leyes de la selva de Trump

Por Ian Bremmer



Trump quería derrocar a Maduro, y este no podía hacer nada para detenerlo. No tenía aliados dispuestos a actuar, ni un ejército capaz de tomar represalias, ni influencia sobre nada que le importara a Trump. Así que fue destituido. No importa que toda la estructura del régimen venezolano permanezca intacta y que cualquier transición hacia un gobierno democrático estable sea complicada, controvertida y, en gran medida, dependa de Venezuela (o de su mala gestión).

Trump está personalmente satisfecho con que Venezuela siga siendo gobernada por el mismo régimen represivo, siempre y cuando este acceda a cumplir sus órdenes (de hecho, prefirió este acuerdo a un gobierno liderado por la oposición). La amenaza del “o si no” parece estar surtiendo efecto, ya que Trump ha anunciado que las nuevas autoridades venezolanas entregarán entre 30 y 50 millones de barriles de petróleo a Estados Unidos, y que los ingresos, según sus propias palabras, “serán controlados por mí, como presidente”. El éxito continuado en Venezuela, por muy

limitado que sea, animará al presidente a redoblar este enfoque y a seguir adelante, ya sea en Cuba, Colombia, Nicaragua, México o Groenlandia.

En el otro extremo del espectro se encuentra China. Cuando Trump aumentó los aranceles el año pasado, Beijing respondió con restricciones a la exportación de tierras raras y minerales críticos, ingredientes esenciales para una amplia gama de productos de consumo y militares del siglo XXI. Ante la vulnerabilidad expuesta, Trump se vio obligado a dar marcha atrás. Ahora está decidido a mantener la distensión y a conseguir un acuerdo a toda costa.

Esta es la ley de la selva, no una gran estrategia: el poder unilateral ejercido dondequiera que Trump cree que puede salirse con la suya, desvinculado de las normas, los procesos burocráticos, las estructuras de alianza y las instituciones multilaterales que alguna vez le dieron legitimidad. A medida que se endurecen las restricciones en otros ámbitos –votantes enfadados por la asequibilidad, pérdidas inminentes en las elecciones de mitad

de mandato, reducción de la influencia comercial– y se acentúa su urgencia por consolidar su legado, aumentará la disposición del presidente a asumir riesgos en materia de seguridad, donde sigue sin tener prácticamente restricciones. El hemisferio occidental resulta ser un hábitat especialmente rico en presas, donde Estados Unidos tiene una influencia asimétrica que nadie puede contrarrestar y Trump puede obtener victorias fáciles con un mínimo de resistencia y costes. Pero el vecindario inmediato de Estados Unidos no es el límite del enfoque de Trump.

Por si aún no estaba claro, las amenazas de la Administración a Groenlandia dejan claro que Europa forma ahora parte del conjunto de objetivos de Estados Unidos. Las tres economías más grandes del continente comienzan el año con gobiernos débiles e impopulares, asediados por populistas internos, con Rusia a sus puertas y con una administración estadounidense que respalda abiertamente a la extrema derecha, lo que fragmentaría aún más el continente. A menos que los europeos encuentren formas de ganar influencia e imponer de manera creíble costos que le importen a Trump, y pronto, se enfrentarán a la misma presión que él está aplicando en todo el hemisferio.

Para la mayoría de los países, responder a unos Estados Unidos impredecibles, poco fiables y peligrosos es ahora una tarea geopolítica urgente. Algunos fracasarán; Europa puede que llegue demasiado tarde para adaptarse. Otros tendrán éxito; China ya se encuentra en una posición más fuerte, satisfecha con dejar que su principal rival se socave a sí mismo y ganar por defecto. Xi Jinping puede permitirse jugar a largo plazo. Seguirá en el poder mucho después de que termine el mandato de Trump en 2029.

El daño al poder estadounidense persistirá más allá de esta administración. Las alianzas, las asociaciones y la credibilidad no son solo algo agradable de tener, sino que son multiplicadores de fuerza, que dan a Washington una influencia que el poder militar y económico por sí solos no podrían haber sostenido. Trump está quedando ese legado, tratándolo como una limitación en lugar de como un activo, gobernando como si el poder estadounidense operara fuera del tiempo y él pudiera remodelar el mundo por la fuerza sin consecuencias duraderas. Pero las alianzas que está destrozando no se recuperarán cuando el próximo presidente asuma el cargo. La credibilidad tarda una generación en reconstruirse, si es que puede reconstruirse.

Así que sí, 2026 es un año decisivo. No porque sepamos cómo terminará todo esto, sino porque empezaremos a ver qué sucede cuando el país que escribió las reglas decide que ya no quiere seguir jugando según ellas.